

ejército. El emperador ha decidido que las tropas francesas evacuarán á México en tres destacamentos; el primero saldrá en Noviembre de 1866; el segundo en Marzo de 1867 y el tercero en el mes de Noviembre del mismo año. Tendréis á bien comunicar oficialmente al secretario de Estado esta decisión.

Recibid, etc.—DROUYN DE LHUYS.

X

No conformes aún los hombres de la Unión con este triunfo diplomático, al hacer pasar á la Francia por las Horcas Caudinas, contestaron la nota del 5 de Abril en un tono más arrogante que el usado en los despachos anteriores.

El 23 de Abril, después de dos días de recibida la nota, como si la resolución del gobierno francés no hubiera llenado la medida del deseo del gabinete de Washigton, Mr. Seward se limita á acusar al marqués de Montholon recibo de su nota, agregando: "El asunto será muy presto objeto de la *detenida atención* del presidente de los Estados Unidos."

El porvenir desgarró más tarde ese velo de reticencias con que se cubrían las palabras del secretario de Andrew Johnson.

CAPITULO SEGUNDO.

EL GUERRILLERO

I

Cerraba la noche del 3 de junio de 866, con una tormenta terrible.

El agua caía á torrentes.

La ciudad de Cuernavaca esta envuelta en una nube negra como un fantasma del valle.

Como á dos tiros de ballesta de la garita estaban dos hombres sobre unos caballos acosados por la lluvia.

Esos dos hombres permanecían en silencio.

El uno tenía cubierto el rostro con un antifaz, y llevaba

una capa de hule y un sombrero fieltro negro con las alas caídas á impulsos del agua que azotaba sin cesar. Montaba un alazán árabe que relinchaba y se sacudía por intervalos.

El otro jinete era el teniente coronel Pablo Martínez.

Ya no era aquel joven alegre y campechano que se burlaba de las balas y de los elementos; las desgracias lo habían hecho sombrío, adusto, melancólico, y de un carácter ágrío é insoportable.

Cuatro años de infortunio habían operado esa metamorfosis.

Pablo Martínez había visto desaparecer uno á uno sus más queridos compañeros.

La muerte de Quiñones le tuvo apesadumbrado durante muchos días, y el fusilamiento de Nicolás Romero y del general Arteaga, habían vuelto su corazón hacia el lado de la sombra.

Martínez, que antes se distinguía por su misericordia, realzaba por la crueldad.

Era implacable con los enemigos, y á cuantos extranjeros del ejército imperial caían en sus manos, los mandaba fusilar, prohibiendo á sus subordinados le trajesen prisioneros.

Aquel hombre tenía sed de sangre, su alma había caído en el abismo sombrío de la locura y del despecho.

El nombre de Martínez era un eco de terror que hacía estremecer á las poblaciones.

Los soldados imperiales no dormían cuando el guirillero acechaba y tenía á las poblaciones en un perpetuo sobresalto.

El arrojo del republicano no tenía límites: bravo en la batalla, y temerario en el duelo personal, no había más disyuntiva al encontrarse con él, que morir peleando.

Había adquirido una práctica tan admirable en los flances todos del sistema de insurrección, que estaba seguro de no ser sorprendido jamás, y de salir avante en sus combinaciones.

Montaba, como siempre, caballos magníficos y conocedores del terreno.

Martínez no llevaba á la zona fría los caballos de *Tierra Caliente*, porque de seguro le faltarían á la mejor ocasión. Siempre se adhería á los naturales del terreno donde peleaba.

El guerrillero iba en pos de las probabilidades, y sólo contrariado por la fortuna, sufría un descalabro.

Martínez tenía un defecto gravísimo: desde los primeros tiros se le subía la sangre á la cabeza, y empeñaba la lucha sin pensar en el momento en que el telón caería sobre la escena.

Hubo vez en que él solo pudiera escapar milagrosamente de la muerte.

Martínez era el brazo derecho del general Riva Palacio.

Próximamente diremos algunas palabras sobre este joven caudillo, que ha mantenido durante la lucha siempre en

cendida la tea revolucionaria, como el fuego sagrado de la libertad y de la emancipación de México.

La amistad que el autor de este libro profesa á Vicente Riva Palacio, hará detener su pluma, y respetando su modestia, no trazará en estos apuntes, hechos que la historia se ha encargado de recoger para transcribirlos al libro de la posteridad.

II.

A corta distancia del guerrillero y del hombre del antifaz, había un grupo de jinetes.

Dos de ellos son muy conocidos de nuestros lectores.

— ¡Qué casualidad! decía uno de ellos, estoy en el teatro de mis hazañas. Mira, Serafín, tomando la calle recta que comienza en la garita, y junto á esos árboles que están á la salida de la ciudad, quedó muerto el austriaco.

— Sí, dijo su interlocutor, fué un duelo famoso: ¿y la muchacha, qué se habrá hecho?

— Si yo lo supiera, hacía una de Dios es Cristo, me la robaba esta misma noche. Si entramos á Cuernavaca, me acompañaras á la reja misteriosa; si vive con mi beldad desconocida, haremos una de pópulo bárbaro.

— Convenido; yo la llevaré en mi caballo, que es manso por demás.

— No, eso sí no puedo consentir, yo me la robo y yo me la llevo.

— Pero no ves hombre de mis pecados, que tu caballo tropezaba á menudo, y vas á lastimarla.

— Eso no importa, yo pondré más cuidado que nunca.

— Eres un necio y va á suceder una desgracia.

— A mí nadie me dá consejos, yo sabré hacer con la muchacha lo que mejor me parezca.

— Yo no lo consentiré.

— ¿Y quién eres tú para levantar la voz?

— ¡Quien no tiembla ante amenazas!

— Ea, bergantes, dijo uno de los guerrilleros, vais á pelear por una mujer que no sabeis si aún existe!

— Es verdad, dijo Enrique, somos unos locos; mañana que no llueva tanto nos daremos un abrazo.

— Convenido; pero lo del rapto no lo echemos en olvido.

— Imposible; de algo ha de servir andar en la guerrilla pasando estas noches de perros.

— Como que llueve como una catarata.

— Estoy empapado hasta los tuétanos.

— Como no nos caiga un rayo, todo está bueno.

— Querido no ceso de pensar en nuestras hermoas protectoras: te confieso que me iba enamorando sin sentirlo.

— De las dos, mi corazón tiene una elasticidad asombrosa; soy una máquina de fotografía, se me graban todas las chicas que se me ponen delante.

— Debes tener sangre de lobo.

— Precisamente, debo tener alguna composición química, porque todas literalmente todas, me gustan á rabiar.

— En cuanto á Luz y á Clara tienes razón.

— Y pensar que ese sátrapa del General Fernández vendrá á llevarse á Luz, es para reconocer el imperio y soplarle á la dama.

— Está apasionada á macha martillo.

— Es una Eloisa, ¡cáscaras! en estos tiempos es una rareza metafísica.

— No te entiendo.

— Ni yo; pero tú debes calcular lo que quiere decir; ¡demonio! ese rayo debe haber caído muy cerca.

— Así parece.

— Aún no nos acostumbramos á esta vida.

— Si esto dura dos años más, me entierran.

— Creíamos morir los primeros días, y ya ves que nos conservamos con entera salud.

No sucede así á nuestra ropa; con los faldones de la levita he remendado el pantalón.

— He prescindido de los acicates, puesto que mis botas no conservan ya los tacones.

— ¡Diablo! y á mí me sale la oreja entre el ala y la copa del sombrero.

— Aquella camisa almidonada que era mi lujo en la corte, me abandona con la mayor ingratitud.

— ¡Y tú, qué no comprendías la existencia sin los guantes!

— ¡Calla! aquello eran tortas y pan pintado; mi cutis se ha puesto tan negro que parezco originario del Congo.

— Mi cabellera se parece á la cola del Tigre, aquel famoso comanche.

— Parecemos gitanos, ó peregrinos de la Meca.

Aquella conversación, llevada con aire de broma, era la historia de toda esa juventud que se lanza á la revolución, abandonando sus goces y comodidades para aceptar esa peregrinación de miseria á la muerte.

La mayor parte de esos jóvenes pertenecen á buenas familias: ceden al espíritu de la época, y aceptan los trabajos consiguientes á la situación del que se empena en la tempestad revolucionaria, hasta connaturalizarse con los peligros, exponiéndose á morir en el campo de batalla, abandonado, sin quien reciba su último suspiro.

De esas filas salen los hombres de Estado, se alzan los héroes, y resplandecen esos espíritus luminosos que arrastran en su tránsito una época y una civilización.

III

Había pasado una hora.

La tormenta se había alejado con su estrépito terrible en el horizonte, y algunas estrellas comenzaban á destacarse en el fondo del cielo.

El hombre del antifaz y el guerrillero permanecían en silencio.

El teniente coron el Martínez fué el primero en interrumpirle.

—Ha cesado la tormenta, dijo un tanto molesto.

El del antifaz no respondió.

—No se á qué me has traído; yo cedo á tu influjo desde aquella noche fatal en que dejamos á aquel hombre sepultado en la tumba de la venganza.

El fantasma movió la cabeza.

—Tú, continuó el guerrillero, me has hecho encontrar á mi madre; me indicaste la casa de mi hermana, y hoy me traes á esta ciudad. Aquí vive Guadalupe; ella no me espera, y yo ardo en deseo de estrecharla en mis brazos.

—Plegue á Dios que no te pese, Martínez, dijo el fantasma.

Estremeciése el guerrillero, y un frío glacial discurrió por todas sus venas.

Pasóse un momento de silencio, en que Martínez reflexionaba en vano sobre las palabras misteriosas del personaje, cuando sonó el toque de ánimas en la parroquia de la ciudad.

—Martínez, dijo el fantasma, el hombre ha nacido para las vicisitudes, y es necesaria toda la calma para las horas supremas de la vida. Vas á pasar por una crisis violenta é inesperada.

Prosigue, dijo temblando el guerrillero; rasga ese velo misterioso que encubre tus palabras, me he familiarizado con el infortunio, nada espero, nada temo.

—Va á desarrollarse ante tu vista un drama en que debe haber una víctima, cuida de no herir á un inocente.

—¡Sácame! de aquí gritó Pablo, quiero algo de luz.

—Marcha á tu casa y cuida no olvidar cuanto te he dicho; acaso llegues á tiempo; puedes aún salvar la honra de tu hermana y la tuya, Pablo Martínez.

El guerrillero recorrió con sus espuelas los hijares de su caballo, y partió á todo escape con dirección á la casa de su hermana.

te invoque para que yo les perdone, tu memoria es sagrada para mí.....óyeme, á tu vista se me olvidaba preguntarte por los últimos momentos de nuestra madre.....dime, ¿se ha acordado de mí? ¿sus labios pronunciaron el nombre de su hijo?

Guadalupe entregó á Pablo Martínez una carta cerrada en que estaban las últimas disposiciones de aquella mujer.

Abrióla el guerrillero, y leyó con violencia y en voz alta: "Pablo, tu hermana está entregada á un amor imposible, sálvala de la deshonra que la amenaza, la dejo sola en el mundo, entregada á una pasión cuyo porvenir me espanta....."

—¡Desgraciada! gritó el guerrillero, y sacudió violentamente por el brazo aquella infeliz criatura.

Después poseído de furor, continuó la lectura:

"Me han amenazado con tu muerte si revelaba el secreto del hombre que ama á Guadalupe, no me atrevo ni aún en estos momentos á descubrirlo, ¡me parece que llevo un puñal á tu corazón!.....¡Pablo! ¡hijo mío! salva á tu hermana, es la última súplica de tu moribunda madre, próxima á la eternidad.....adiós!"

Guadalupe comenzó á temblar horriblemente, sus rodillas flaquearon y cayó al fin trémula á los piés del guerrillero Pablo Martínez.

¡Qué has hecho! gritó Pablo creyendo en la deshonra de su hermana.

—¡Perdón! exclamó Guadalupe conteniendo el llanto que ahogaba las respiraciones de su pecho.

—Estoy por levantarte el cráneo, miserable; ¿qué has hecho de tu honor?

—Oyeme, Pablo por compasión, y después atraviesa mi corazón con tu acero.

—¡Qué puedes decirme que borre esa mancha que has arrojado en mi frente y la tuya!

—Serénate y si quieres perpetrar una venganza, aquí estoy; pero escúchame, ten misericordia de esta mujer desventurada!

—¡Dios mío! exclamó Pablo Martínez.

Era la primera vez que aquel hombre volvía una súplica al cielo.

—Yo soy inocente, decía con ardor la joven, pero si quieres derramar mi sangre que es la tuya, yo moriré tranquila..... no esperaba después de tanto infortunio, hallar la desesperación y el desprecio del único ser á quien he amado desde que nací; porque tú hermano, has sido el todo para mí, mis recuerdos y mis esperanzas:.....tantos años de soledad y de tristeza, y siempre pensando en el día en que Dios te volviera al hogar abandonado. Cuando mi pobre madre espiraba, yo lloraba por tí y por mí, y mis lágrimas han corrido sin una mancha que las enjuge!.....

Pablo Martínez se arrojó sobre una silla y comenzó á llorar como una mujer.

—Guadalupe, dijo el guerrillero, yo tengo la culpa, no debía haberte abandonado á la muerte de nuestra madre; pero yo me he impuesto otros deberes; además, que yo estoy sentenciado, proscrito, maldito!

—Sí, continuó Martínez, yo no podía estar á tu lado, la juventud es el delirio y era fuerza que tú amaras alguna vez, pero....no, cualquier hombre se hubiera honrado con tu mano.... ser tu esposo sería la felicidad del mundo!.....y pensar que han abusado de tu candor, es para levantarse la tapa de los sesos!...Explicame, háblame por compasión; dime quién es ese hombre, yo haré que se case contigo, y si no, le mataré como á un miserable! ¡Burlarse de tí! no, mil veces la muerte, aun tengo aliento en el corazón y seis balas en los cañones de mi pistola.....su nombre, Guadalupe! ¡su nombre!

Pablo, hace más de un año que un hombre se acercó á las rejas de mi ventana á hablarme de amores; sí, yo le amaba y me resistía á manifestarle mi amor, ¿y sabes por qué?.....

Pablo Martínez no respondió.

—Ese hombre era un capitán extranjero.

¡Rayo del cielo! ¡gritó Martínez, un aventurero, un infame que ha venido á derramar la sangre de los mexicanos, que acaso hubiera hundido su acero en mi corazón!

—Escúchame, el ha venido contra su voluntad, me ha jurado que su espada no se ha manchado jamás con la sangre de nuestros hermanos, desde que me ama no ha entrado en campaña, está siempre al lado del emperador y ha salvado á cuantos prisioneros ha podido.

Un rayo de luz cayó sobre el cerebro de Pablo.

—¡Comprendo todo! exclamó con dolor el guerrillero. Ese hombre me ha sacado de la prisión, ha salvado á Quiñones y ha pedido por recompensa tu honor! ¡maldita sea la hora en que se abrieron las puertas de mi prisión!.....La muerte hubiera sido preferible á la deshonra! ¡sobre mi tumba iría á llorar una mujer sin mancha! estoy por devolverle la existencia que tan caro ha costado á tu nombre!

—Te engañas, yo estoy tan pura como al brotar del seno de mi madre al aliento del Creador, tu libertad fué una ofrenda á mi cariño, yo he vuelto de ese corazón encallecido en los combates un ser bueno y compasivo.

—Si ese hombre fuera así, ya te hubiera propuesto un enlace.

—Pensaba haberme llamado su esposa antes que tu pudieras llegar hasta aquí.

—¿Qué espera entonces?

—Yo no he querido entregale mi mano antes de saber su nombre y su condición allende los mares.

—Pero el tiempo vuela y la dilación es la muerte, acaso mañana podrá arrepentirse y entonces.....

—Entonces, dijo la joven con orgullo, yo bajaría á ese hombre del cielo de mi amor al abismo del desprecio, mi frente puede ostentarse á la luz del sol, ni una sombra de vergüenza pasaría por mi semblante; yo he comprometido mi fé, mi amor, todo excepto mi honra!

Tranquilizóse un tanto el guerrillero al aspecto noble de su hermana.

Guadalupe continuó:

—No, yo no dudo de su amor; desde que le conozco siempre ha estado lleno de fé y de cariño por mí, soy la depositaria de sus secretos, conozco sus sufrimientos y poseo toda su alma entera!

—Guadalupe, á pesar del peligro de mi existencia, permaneceré unos días á tu lado mientras se verifica ese matrimonio; yo hablaré á ese hombre á pesar de la repugnancia que me inspiran los dominadores.

—Bien, Pablo, yo le haré llamar, tú le conocerás, y estoy segura de que le amarás como á un hermano.

VI.

Paróse violentamente y penetrando en el jardín donde estaba su amante, gritó:

—¡Pablo! ¡hermano mío, aquí está!

El guerrillero procurando calmar la agitación de su pecho dirigió sus pasos donde su hermana le llamaba.

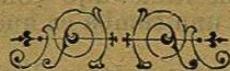
La joven le tomó por el brazo.

Levantóse el capitán austriaco que había oído toda la conversación de los dos hermanos, y se adelantó sombríamente al guerrillero.

Pablo Martínez fijó su mirada de águila en aquel hombre, llevó las manos al corazón, la sangre se agolpó á su cerebro, un vértigo aturdió sus oídos, y haciendo un esfuerzo supremo, con un grito arrancado del alma, exclamó:

—¡Maximiliano!.....¡El emperador!.....y se derrumbó en el suelo rebotando su cabeza como la de un cadáver.

—¡El emperador! murmuró la joven y escondió su rostro entre las manos.



VII.

Después de algunos instantes en que la joven se hubo serenado, levantó su frente altiva y orgullosa, y dijo á Maximiliano que estaba confuso y avergonzado:

—Salid, señor, el cielo castiga mi fe burlada; habeis descendido hasta la mentira, salid!

El emperador no respondió, la desgracia lo había clavado en aquel lugar.

Me habeis engañado, prosiguió la joven, no obstante, creo que no estoy rebajada ante vos, no he cedido á la ambición, no he sido deslumbrada por el brillo de vuestro esplendor, he creído amar á un humilde capitán; sí, porque yo os amaba con todo mi corazón.

Ten piedad de mí, Guadalupe el infortunio me sigue á todas partes, tú eras el único refugio de mis desgracias.

—Señor, olvidad que me habeis conocido, nuestro amor es imposible. Y desde este momento, mi pobre hermano que yace tendido á vuestros piés, será mi único amparo en el mundo; si él muere.....me queda Dios!

—¡Perdón! ¡perdón!

—Si me hubiérais dicho quien érais, mis labios nunca hubieran confesado mi amor, complaceos en vuestra obra.....marchad de aquí, mi hermano va á volver en sí, evitad al menos, el escándalo.

—Pero yo.....

—Ya no os escucho, dejad abandonada á la mujer á quien hicisteis víctima del engaño y de la traición, nada malo os deseo, señor; pero os suplico que no me volváis á ver.

Maximiliano dejó la estancia de la joven con la desesperación del alma que va en el camino de la fatalidad.

VIII

Levantóse Pablo Martínez, restregó sus ojos como para salir de una pesadilla horrible, puso la mano sobre su revólver y buscó al emperador.

—¿Dónde está ese miserable? dijo con acento concentrado de furor; aquí se abrirá una tumba en que debe caer alguno de los dos.

—Ha salido de aquí para siempre, dijo llorando Guadalupe.

—Hermana, gritó el guerrillero, si yo no hubiera palpado

VI.

En un pequeño gabinete, adornado con sencillez pero con un gusto delicado, estaba Guadalupe, la hermana de Pablo Martínez.

Aquel aposento revelaba en todos sus detalles el espiritualismo de una alma enamorada.

Sobre unas columnas de estuco, unos jarroncitos de porcelana transparentes como el hielo, sosteniendo unos ramos de flores naturales que despedían un bálsamo purísimo y embriagador.

Un gran espejo sobre un confidente de bejuco, y frente á una ventana, reproduciendo los árboles del jardín y los celajes del cielo.

Las blancas flores de los naranjos, se asomaban al aposento por la ventana, y servían de pebeteros de azahar, en aquella atmósfera tibia y llena de asencias.

Unas bujías de esperma dentro de unos fanales de un gusto exquisito, daban una luz suavísima que reflejaba en el limpio maque del maderamen.

En el cielo del aposento había un fresco representando la Primavera, derramando una lluvia de flores.

El papel del tapiz era lila y oro.

Había dos grabados magníficos en los lados adyacentes á donde estaba el espejo.

El uno representaba el puerto de Trieste, y el otro el castillo de Miramar.

Estos cuadros habían sido un regalo del capitán á Guadalupe.

Los muebles eran de bejuco, como se estila en los lugares donde el sol es abrasante.

Después de un momento de contemplación amorosa, acercóse la joven á su amante.

—Capitán estás triste, dijo tomando entre las suyas la mano del austriaco.

—Si supieras, alma mía, que los instantes que paso á tu lado son los únicos felices de mi vida!.....Sí, Guadalupe, yo olvido mis pesares con tu amor.....es tan dulce olvidar las inquietudes de una suerte siempre contraria y hallar este remanese de felicidad.

Mi cariño es inmenso, dijo la joven; yo quiero vivir con tus pesares, me parece que partiéndolos conmigo se desminuyen, yo tengo lágrimas que verter.

— ¡Pobre niña! tú has aceptado un porvenir que va á parar en un abismo.

— No te quiero así, ¿por qué el cielo nos ha de negar una felicidad soñada tanto tiempo? pronto seré tu esposa, ¿no es verdad?

El joven inclinó la cabeza y una lágrima se deslizó de sus pupilas, como el amargo jugo del corazón.

— Yo espero ese día, continuó la joven, con ansia; porque mi amor ya no cabe dentro de mi alma.

— Guadalupe, tu sabes que ya cumpliré con los deberes que me impone este amor que te profeso, si el infortunio no abre una tumba á mis piés.

— ¿A qué pensar en la desgracia? yo quiero que vivas para mí, porque la felicidad no la concibo si no es á tu lado, porque también tú me amas, ¿no es cierto? ¿No es verdad que me amas mucho?

— ¡Con el corazón! tú eres toda mi esperanza, todo mi orgullo! Guadalupe, tú no sabes toda la paz que se difunde en mi existencia cuando estoy bajo este pecho, aquí llega dulcemente el recuerdo de mi buena madre á quien miro todavía sepultada en el dolor por mi ausencia..... ¡hora terrible! allá en el palacio rodeado de mis hermanos me suplicaba que no dejara las playas natales porque se moriría de pesadumbre.

— ¿En el palacio? preguntó con extrañeza Guadalupe.

— Sí, dijo el joven, como yo soy de la guardia imperial, allí fué mi infeliz madre á despedirse. Estos recuerdos de familia no los he sentido tan palpitantes como ahora, me parece que he vuelto á mis primeros años en esos días felices en el hogar es como el nido para las golondrinas, en que todo se vé color de rosa, en que la juventud se despierta á la alborada de las ilusiones y los sueños de la gloria y de la ambición.

Detúvose el joven al pronunciar esta palabra como tocado por un resorte.

— ¡La ambición! ¡la ambición! es la voràgine que todo lo traga, que todo lo devora, es el fatalismo de la existencia: sí, Guadalupe, yo me he sentido arrastrar por ese torrente, y ya no puedo contenerme; mis piés se resbalan entre sangre y voy en una pendiente horrible; porque yo tengo delante todas las víctimas sacrificadas á la ambición.....allá, más allá de los mares que tocan las playas europeas, hay tumbas abiertas de cuyo seno se levantan gritos de venganza, anatemas é imprecaciones!.....la sangre de las víctimas salpica la corona, y el manto imperial está manchado. ¡Tú ignoras que tu suelo patrio es un cementerio que está tapizado de víctimas inmoldadas también en aras de la ambición.....no, vivir así es aceptar el infierno, abdicar de corazón, arrancarse las entrañas! ¡Dios marca al hombre con la sangre que derrama, y el día de la justicia eterna tiene de aparecer en el horizonte de la vida!.....

— ¡Pero tú no has matado á nadie! gritó Guadalupe; tú como soldado has combatido por tu bandera sin que tu mano haya firmado nunca una sentencia de destrucción y aniquilamiento. Entre un soldado que lucha en los campos de batalla, terreno del honor, y un rey que en el silencio de su cámara ordena la muerte y exterminio, hay un abismo.

— Escúchame, capitán, tú no has nacido para la guerra, tu corazón no se ha podido encallecer en los campamentos, la sangre te horroriza, la muerte te causa pavor, vuelve tu espada al emperador, y vivamos en el silencio de una existencia tranquila.

— ¡Imposible! estoy en tierra extraña, el pueblo nos detesta; odios y rencores nos asaltan por todas partes, el puñal nos acecha, nuestro paso marcado por la destrucción no cosechará sino desgracias!

Guadalupe inclinó la frente y comenzó á llorar en silencio.

El joven se paseaba á largos pasos en el aposento, estaba delirante, impresionado.

Sostenía una lucha terrible con el mar inquieto de sus ideas, y no se apercebía de lo que pasaba en su derredor.

Al pasar por la puerta que daba al jardín, avanzó algunos pasos en busca del aire fresco de la noche, sentía abrasarse su sangre y sus sienes latían violentamente.

Volvió su vista hacia el aposento, y contempló á Guadalupe, á aquella hermosa niña á quien amaba entrañablemente, con toda la intensidad de su alma.

— ¡Tú, dijo en lengua alemana, eres la flor cortada junto á mi tumba, tu aroma caerá como una nube perfumada sobre mi loza, cuando yo haya desaparecido, amor de mi corazón..... ¿Qué harás sola en el mundo cuando yo haya desaparecido en los mares de la adversidad, cuando tus ojos se abren á la luz de una realidad espantosa!..... mis presentimientos no me han engañado nunca.....he sentido sobre mi frente batir el ala de la muerte.....estoy sentenciado en el porvenir!.....¡Infeliz de tít! ¡infeliz de tít!

Después balbuceó algunas palabras más.

Decirla que la he engañado, que este amor no tiene más porvenir que el crimen.....¡El crimen!.....no, yo no empañaré nunca la pureza de esa frente virginal, ni abriré á sus pies el abismo de la desesperación.....la *mujer blanca* no será ajada por el aliento impuro de la seducción!

Echóse á andar con precipitación por los senderos del jardín.

Después se detuvo en ese ardor febril que lo dominaba, recargóse al tronco de un árbol, y allí, sólo, ante Dios y la adversidad, dió rienda suelta á sus dolores, expresión de llanto en las horas opacas de la tribulación.

V.

Guadalupe permanecía con las manos enclavijadas sobre el pecho, pálida y aterrada.

Oyóse el estrépito de un caballo que penetraba en el patio de la casa, y á pocos momentos se presentó en la puerta del gabinete el teniente coronel Pablo Martínez.

Buscó en derredor algo que ni él mismo sabía, y sus miradas se detuvieron al fin en su hermana Guadalupe.

—¿Quién es? preguntó asustada la joven.

Acercóse el guerrillero sin responder, y mostrándose á su hermana, le dijo:

—¿No me conoces?

Tres años habían dudado completamente la fisonomía de aquel hombre, su barba y su cabello estaban crecidos, su faz quemada por el sol, y su traje hecho girones, le daban el aspecto de un bandido.

Guadalupe conoció el acento de su hermano, y se precipitó en los brazos de Pablo sollozando de temor.

—Te vuelvo á ver, dijo el guerrillero, después de tantos años.....Acércate á la luz, ¡qué hermosa estás! ¿has sufrido mucho? tus colores bellísimos se han tornado en una palidez intensa; pero estás hermosa como siempre. Háblame yo quiero escucharte, voy á partir muy pronto y no quisiera perder un momento.....nó llores, Guadalupe, vamos, bésame la frente, está cubierta de polvo, no importa! tú me quieres mucho y yo te amo más que á mi vida. ¡Que ojos! ¡qué labios! Guadalupe, hermana mía, yo estoy loco, he pensado en tí todos los días, á cada hora, te traigo mis ahorros, mira, este cinturón, está lleno de onzas de oro, todas son tuyas; yo las he ganado una á una para tí, tómalas, indemnízate de lo que hayas sufrido. Yo debo marchar á la campaña, entre tanto, nada te faltará, yo velo por tí, y si muero, te queda Dios que no se olvida de los desgraciados; ¡pero qué guapa estás! vuelve en tí, soy un bárbaro con haberte dado esta sorpresa, riñeme, Guadalupe, pero deseaba verte y he entrado sin saber que me hacía.

Guadalupe estaba poseída de terror.

El guerrillero se había olvidado de las palabras terribles del fantasma.

En aquel momento era completamente dichoso.

—No, continuaba, tú no debes estar quejosa de mí; ni un solo día se ha pasado sin que haya pensado en tí, ni pronunciado tu nombre.....mira, Guadalupe, hasta mis enemigos saben este cariño; cuando alguno cae prisionero, basta que

tu inocencia, sería muy infeliz.....yo te vengaré de ese hombre. Marcho á la revolución, yo lo emplazo para el día de la venganza

—¡Yo le amo todavía!

—No importa, él me ha humillado, ha estrujado vilmente tu corazón.

Guadalupe se abrazó de su hermano y los dos derramaron abundantes lágrimas.

—Adiós, dijo Martínez, arrancándose de Guadalupe que lo tenía enlazado por el cuello. Adiós, mis soldados me esperan.....júrame no volver á acordarte de ese hombre.

—Lo juro dijo sollozando aquella infeliz criatura.

Quedóse un momento pensativo Pablo Martínez.

—No, dijo, tomando una súbita resolución; partamos, dejarte aquí sería entregarte á la merced de ese hombre; y se echó á andar seguido de su hermana, presa de una aflicción horrible.

IX.

Un hombre apostado frente al edificio, oyó el paso de los caballos que salían de la casa de Guadalupe sin percibir á los jinetes, porque la obscuridad de la noche era intensa.

Luego que se hubieron alejado se dirigió á palacio y entró en el aposento de Maximiliano.

—Señor, le dijo, el guerrillero ha salido de la ciudad.

X.

Había pasado una hora, cuando el emperador, embozado en su capa, salió del palacio y se dirigió á la morada de aquella mujer á quien amaba con idolatría.

Estuvo un rato bastante largo frente á las ventanas.

La luz estaba encendida.

No atravesaba ninguna sombra ni se oía ruido alguno.

Acercóse á la puerta, movió sus hojas que cedieron á su impulso.

Penetró, procurando no meter ruido.

Llegó al corredor, llamó á la puerta de la antesala.

Todo permanecía en silencio.

Llamó con más fuerza y esperó algunos momentos. Impaciente, penetró en el aposento. Estaba desierto. Se entró en la cámara de Guadalupe.

—¡Ha partido! ¡exclamó lleno de amargura, se la han llevado!.....¡Dios mío, tú me castigas!.....¡acaso no están lejos de aquí.....mi vida entera por esa mujer que es el aliento de mi existencia!

XI.

Salió corriendo á la calle, delirante, encontró á un capitán de su guardia que siempre le acompañaba.

—Drik, le dijo, á caballo al momento, vuela á arrancar á Guadalupe de los brazos del guerrillero; ¡ha partido para siempre, es necesario salvarla!

El capitán echó á andar precipitadamente, montó en su árabe, y acompañado de veinte jinetes, salió á todo escape en pos de Pablo Martínez que ya llevaba una hora de caminar violentamente.

CAPITULO TERCERO.

EL GENERAL EDUARDO FERNANDEZ.

I.

Aquellas chusmas hambrientas y cubiertas de harapos que habían vivido durante cuatro años en la miseria más horrosa.

Aquellos grupos de hombres que no habían pasado un sólo día sin disparar su mosquete, se organizaban en cuerpos de ejército y ya habían alcanzado multitud de victorias en los campos y sierras de Michoacán, mientras que sus compañeros de los otros ángulos de la nación, rehacían sus filas y combatían diariamente al enemigo, común que falto de moral y de aliento, cedía el terreno palmo á palmo en una derrota anticipada.

Porfirio Díaz había burlado su prisión y Oaxaca sintió

extremecerse al escuchar los cascos del caballo de batalla del joven héroe.

La frontera estaba incendiada.

Escobedo y los otros caudillos atacaban las plazas y ponían en conflicto al imperio.

Riva Palacio se armaba, y posesionado de los pueblos de Michoacán, se lanzaba con la velocidad del rayo sobre las ciudades, haciendo presas migníficas de hombres que se tenían como el sostén de la intervención y del imperio.

En el Pacífico, Corona, con Granados, Toledo y Martínez, tenía en jaque á los franceses y amagaba á Lozada, después de una sucesión de triunfos increíbles por la audacia y la pericia militar.

Esto pasaba después que García Morales y Sánchez Ochoa hacían huir desmantelada á la magnífica fragata de guerra "la Cordefiere" en las aguas de Mazatlán.

Tabasco no había visto flotar en sus palacios la bandera de los grifos, y se sostenía heroicamente delante de una escuadrilla sin ceder un sólo momento ni abdicar de su credo republicano.

Jiménez, el virtuoso, el valiente, el modesto general suriano, foco donde convergían la juventud y el patriotismo de los hijos del Estado de Guerrero, luchaba en las inacceibles montañas de esa zona privilegiada; mientras que Altamirano y otros jefes expedicionaban con éxito en toda la *Tierra Caliente*.

Las guerrillas asediaban la capital del imperio á una legua de distancia, llegando su arrojo hasta el grado de haber esperado bajo los arcos del acueducto á que pasase la carroza de los archiduques para arrebatarlos al trono y llevárselos como una ofrenda al presidente de la República.

Todos aquellos héroes que no pensaron nunca en reconocer al imperio, ni se marcharon fuera del país aterrorizados al choque de las armas francesas, formaban el núcleo de la reacción republicana, que á pesar de tanta derrota y descalabros se anunciaba vencedora en el porvenir.

La rabe de la república llegaba sobre un mar inquieto de sangre á las playas de la victoria.

La diplomacia aun no resolvía la cuestión; pero en México acontecía lo que en el estadio de los griegos, el pueblo conocía á la sola vista de los gladiadores por quien decidiría el triunfo.

Mientras la Francia sostuviera con sus bayonetas el trono, la guerra se prolongaría indefinitivamente.

Luego que ese apoyo faltare, cediendo á su peso de gravedad se derrumbaría entre los escombros de la intervención.